



**"Mientras traza su camino el caracol."
Entrevista a Manuel Díaz Martínez
Javier Bello y Ángeles Mateo del Pino
Universidad de Chile/Universidad de Las Palmas**

[Hipertexto](#)

Manuel Díaz Martínez (Santa Clara, Cuba, 1936) es de esos autores que escriben para inquietar, revolver y conmover, que son las cualidades que, según él, debe tener la poesía. Su constante curiosidad, su deseo de indagar y el ansia de descubrir le han conducido a la palabra para buscar en ella una forma de liberación, un reto, una magia que le permita asomarse a lo que hay de abismo en la cotidianidad de la vida.

Esta curiosidad se materializa, como frutos dispersos, a lo largo de su existencia. Poeta, periodista, diplomático, miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, editor, traductor..., son señales de una vida marcada por la necesidad constante de decirse y decir a los otros.

Su intensa trayectoria literaria adquiere rostro en las numerosas obras que ha ido publicando como leves rasguños. La poesía tal vez sea el afán que más lo ha ocupado, prueba de ello son sus libros: *Frutos dispersos* (1956); *Soledad y otros temas* (1957); *El amor como ella* (1961); *Los caminos* (1962); *El país de Ofelia* (1965); *La tierra de Saúd* (1966); *Vivir es eso* (1968); *Mientras traza su curva el pez de fuego* (1984); *Escritos al amanecer* (1987); *El carro de los mortales* (1988); *Memorias para el invierno* (1995); *Paso a nivel* (2005); y las antologías *Poesía inconclusa* (1985); *Alcándara* (1991); *Concerto Grosso (bilingüe español-italiano)* (1996) *Señales de vida [1968-1998]* (1998); *Antología poética (bilingüe español-italiano)* (2001); *Un caracol en su camino [1965-2002]* (2003) y *Un caracol en su camino [1965-2005]* (2005). Sin embargo, también lo habita la lectura de los otros, aquellos con los que establece un diálogo y a los que reconoce como pares en el difícil ejercicio de la escritura. Sus ediciones comentadas son una buena muestra de esta labor crítica: *Rimas. Gustavo Adolfo Bécquer* (1993); *Cartas. Severo Sarduy* (1996); *Vida de Flora y otros poemas. Virgilio Piñera* (1999) y *Poemas cubanos del siglo XX. Antología* (2002). Sin olvidar otra de sus pasiones, el periodismo, que lo ha llevado a colaborar en la prensa, tanto local como nacional, así como a dirigir las revistas *Espejo de paciencia* (1995) y, actualmente, *Encuentro de la cultura cubana*.

Pero la vida a veces tiene sus recompensas. Su quehacer creativo ha sido reconocido con premios tan importantes como el Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artista de Cuba (1967), Premio Internacional de Poesía Ciudad de Las

Palmas de Gran Canaria (1994) o el Gran Premio Internacional de Poesía de la Academia Internacional Oriente-Occidente de Rumanía (1998), entre otros.

Las muecas del destino lo han llevado de una isla a otra. Reside en Las Palmas de Gran Canaria desde 1992.

¿Qué rasgos fundamentales definen su evolución como poeta a través del tiempo? ¿Ha sido la suya una palabra sometida al tiempo, como quería Antonio Machado?

Mi deseo de que la mía sea una “palabra en el tiempo” me parece que es lo que determina mi evolución como poeta. Recuerdo que, en un ensayo escrito hace muchos años, sostuve que no hay texto independiente de su autor ni autor independiente de su contexto. Me ha gustado aceptar los desafíos de esta fatalidad, una fatalidad que ha sido objeto de instrumentalización política y de algunos conatos de escamoteo retórico, como aquello del arte por el arte o, más reciente, lo de la autonomía del texto, etcétera. He luchado por alejarme de tales extremos por considerarlos falsificaciones de la expresión poética, que es, básicamente, el resultado de la libre confrontación del espíritu con el mundo exterior.

A excepción de *Paso nivel*, de 2005, estos primeros años del milenio podrían considerarse como una etapa de recuento de su producción literaria, ya que han aparecido tres antologías y un libro de memorias, del que sabemos que pronto se publicará una edición corregida y aumentada. ¿Considera Ud. que su obra se encuentra en una etapa de revisión tanto por su parte como por la de sus lectores y críticos?

Es natural que a un escritor que está entrando en su ocaso, que es mi caso, le dé por dejar la casa en orden, como dijo Virgilio Piñera pocos años antes de cerrar la puerta. Éste es el propósito que me animó a escribir mi libro de recuerdos [*Un leve rasguño en la solapa*, Logroño, AMG Editor, 2002] y hacer mi última antología [*Un caracol en su camino*, Cádiz, Editorial Aduana Vieja, 2005]. Incluso, al repasar ahora mis poemas les he hecho a no pocos de ellos correcciones y cambios formales pretensamente definitivos. Esas correcciones y cambios obedecen a mi incurable manía perfeccionista, pero soy consciente de que las antologías y las modificaciones de textos publicados responden al deseo, más o menos definido, de establecer un canon de la propia obra, o sea, de fijar los textos por los cuales nos gustaría ser evaluados. Ahora bien, los lectores me han demostrado que todos los poemas, aun los que apreciamos menos, encuentran un público. Recientemente, la escritora cubana Lourdes Gil, última esposa de Heberto Padilla, me dijo que Heberto repetía de memoria un poema mío que le gustaba, y es precisamente un poema que no figura entre los que quiero más. Por parte de la crítica hay nuevas aproximaciones a mi poesía. Hubo una muestra de ellas en el homenaje que me ofrecieron en Las Palmas de Gran Canaria, en mayo pasado, la Universidad de Las Palmas y la Fundación Mapfre Guanarteme.

¿En este contexto, qué lugar han ocupado los homenajes que se le han hecho en Salamanca y Las Palmas? ¿Qué importancia han tenido para Ud. en lo literario y personal estos reconocimientos?

Con los años llegan los lauros, y yo los recibo con infinita gratitud, entre otras cosas porque amortiguan las impertinencias de ese tal Cronos, pero, sobre todo, porque te demuestran que no has vivido inútilmente. El homenaje en Las Palmas, al que ya me referí, y el que me dio en la Universidad de Salamanca, en junio de 2000, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, son actos que me gustará recordar siempre. En el de Las Palmas, que fue ideado y dirigido por la profesora Ángeles Mateo del Pino, alguien que se ha ocupado mucho y bien de mi obra en los últimos años, se juntaron viejos y nuevos amigos, cubanos y no cubanos, todos valiosos y muy queridos por mí, que andan dispersos por el mundo. Desde La Habana, por ejemplo, vino Rafael Alcides, uno de los mayores poetas cubanos de hoy, amigo mío desde hace más de cuatro décadas y al cual hacía catorce años que no veía. Ése fue un homenaje de alta temperatura emocional.

¿Qué lugar cree que ocupa su obra en el panorama cultural actual de Cuba, a pesar de su ausencia de trece años y los dieciséis años que estuvo censurado dentro de la isla? ¿Cómo circuló su obra durante esos años?

Durante los diez y seis años (de 1969 a 1985) que estuve censurado en Cuba, mis libros dejaron de circular y mi nombre desapareció de las revistas y los periódicos cubanos. Lo mismo está pasando desde que en febrero de 1992 me exilié en España. No obstante, en Cuba hay poetas y críticos que no se han olvidado de mí. Prueba de ello es que me he visto representado en las últimas antologías publicadas en la isla: *Doscientos años de poesía cubana*, de Virgilio López Lemus [La Habana, Casa Editora Abril, 1999] y *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana del siglo XX*, de Jorge Luis Arcos [La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999]. López Lemus es un crítico que conoce bien mi obra, a la que ha dedicado dos ensayos, uno de los cuales es el prólogo a mi antología *Alcándara*, de 1991, el último libro mío publicado en Cuba. Arcos, como López Lemus, es un estudioso de la poesía cubana, especialmente del grupo liderado por Lezama Lima. A este grupo dedicó un muy interesante libro titulado *Orígenes: la pobreza irradiante*. El gobierno de Castro da señales de ser más flexible que antes respecto a los poetas que pueden aparecer o no en las antologías que se hacen en Cuba. Nunca olvidaré que, hace veinticinco o treinta años, el poeta Raúl Luis quiso hacer en colaboración conmigo, para la editorial Letras Cubanas, una antología como la de Arcos y desistimos porque se nos prohibía incluir en ella a Heberto Padilla por ser un autor no grato al régimen.

¿De qué manera cree que ha influido su obra en las generaciones poéticas posteriores? En este sentido, ¿podría decirse que ha ejercido mayor influencia en la generación del 80 que en la promoción del 60? ¿Por qué?

Mi obra no ha influido en las generaciones poéticas que me han sucedido, y mucho menos en los poetas de los 80. Éstos le dieron la espalda al coloquialismo, que fue y de alguna manera sigue siendo mi cuerda formal. Es cierto que, en manos de algunos autores, el coloquialismo devino una caricatura de sí mismo, un grotesco malentendido. Los poetas de los 80 iniciaron una reacción que los condujo a un neobarroquismo cuya referencia más próxima es Lezama y que está en las antípodas de todo lo que estética e ideológicamente representó el coloquialismo en su apogeo, allá en los primeros años de la revolución. Quizás el más nítido ejemplo de esa reacción sea la obra de Ángel Escobar. Un caso muy interesante, como conjunción de lo coloquial y lo barroco, es el de la poesía de José Kózer. Kózer, un poco más joven que yo, es un poeta enormemente creativo que se las ha ingeniado para barroquizar el coloquialismo. Repito que mi poesía no ha tenido eco, que yo sepa, en las generaciones posteriores a la mía; pero hay poetas jóvenes, de la isla y de la diáspora, que me escriben y muestran interés por lo que he escrito.

Más allá de las diferencias evidentes, ¿cree Ud. que exista una poesía de rasgos diferenciados previa a la Revolución y una posterior a ella? De igual manera, ¿sostiene Ud. que existe una poesía cubana de dentro y otra de fuera?

Entre la poesía cubana previa a la revolución y la posterior al triunfo de ésta hay diferencias, pero dentro de una continuidad. Obviamente, la revolución determinó un antes y un después respecto de muchas cosas en Cuba, y en la poesía ocurrió lo que tenía que ocurrir dadas las circunstancias: hubo, inmediatamente después del triunfo revolucionario, un renacimiento del interés por lo social, interés que ya antes de 1959, en las décadas de los 20 y los 30, había irrumpido con fuerza en nuestra literatura vinculada a las vanguardias, con los poetas Agustín Acosta, Regino Pedroso, Nicolás Guillén y Manuel Navarro Luna formando parte del elenco de figuras principales, y se produjo, consecuentemente, en oposición a todo barroquismo y esteticismo, una reválida del lenguaje coloquial, el que también tuvo notables representantes en la República, como José Zacarías Tallet, Rubén Martínez Villena, María Villar Buceta y Virgilio Piñera. Mi generación, la del 50, protagonizó ese renacimiento temático y formal porque, como diría Milosz, se propuso “humanizar el canto” para acercarlo a “los nómadas del valle”. En cuanto a la segunda pregunta, pienso que las simetrías y asimetrías entre la poesía escrita en Cuba y la escrita por cubanos en el exilio es un tema atrayente que tendrá que estudiarse como un avatar de la producción poética de los cubanos, de todos, en los últimos cincuenta años. Es un fenómeno de la poesía cubana, a la que percibo como un solo cuerpo. Y la percibo así porque tanto la escrita dentro de la isla como la escrita fuera tienen un eje común: la historia y la cultura de nuestra nación. Valiéndome de un título de José Lezama Lima, las veo como “fragmentos a su imán”.

¿Podría Ud. darnos algunas claves de lectura que considere imprescindibles para acercarse a la poesía cubana contemporánea?

No sé cuáles puedan ser esas claves. Cuba es un país con una parte importante de su gente dispersa por el mundo. Había un chiste de cuando existía el campo socialista que presentaba a Cuba como un país que tenía su territorio en el Caribe, su población en Estados Unidos y su gobierno en la Unión Soviética. Bromas aparte, nuestra enorme emigración determina que la poesía cubana contemporánea se realice en diversos escenarios, hasta en otros idiomas, con lo que eso supone de variedad de orientaciones estéticas, matices lingüísticos, tendencias ideológicas, influencias autorales y qué sé yo cuántas cosas más. Cada comunidad cubana en el extranjero es como una provincia de nuestra nación, y entre las provincias de una nación hay diferencias. Quizás una clave de lectura sea tomar esto en cuenta.

¿Considera Ud. que la cultura cubana se encuentra plenamente viva o ha sufrido un proceso de estancamiento en los últimos quince años, después del Periodo Especial?

Es difícil saber hasta qué punto está viva o estancada la cultura en un país como Cuba, donde la intelectualidad soporta el peso de un Estado omnímodo, omnipresente y restrictivo, dueño único y celoso de todos los medios de comunicación, de las editoriales, de las imprentas. No creo que la cultura actual en Cuba sea sólo lo que el Estado divulga o lo que los intelectuales de la isla sacan a la luz. Para medir la vitalidad de la cultura cubana en el eufemísticamente denominado Período Especial hay que esperar a conocer todo lo que se haya escrito para las gavetas. No olvidemos que cuando creíamos que la narrativa en la Unión Soviética era sólo lo que publicaban los reclutas del realismo socialista, Pasternak ocultaba en su *datcha* de Peredélkino el manuscrito de *El doctor Zhivago*. Dicho esto, subrayo que en Cuba hay poetas, narradores, dramaturgos y ensayistas de innegable valía, bastantes de los cuales son, desgraciadamente, o turibularios de la dictadura o pacientes víctimas de ésta.

¿Cuál manifestación de la cultura ha sobrevivido mejor a las circunstancias sociopolíticas del último medio siglo y de qué formas?

En la Cuba de Castro, ninguna manifestación de la cultura ha salido ileso del dirigismo comunista. En sus comienzos, el régimen aspiró, igual que todos los de su estirpe, a convertir la cultura en una mucama eficiente y dócil de la propaganda ideológica, pretensión que ocasionó choques frontales con sectores de la intelectualidad. Uno de esos choques fue el Caso Padilla. De un tiempo a esta parte, el régimen, más experimentado, más sabio por viejo pero también por diablo, es menos pretencioso y, aparte de fagocitar maquiavélicamente a autores fallecidos que en vida detestó y vetó, admite que la mucama se tome algunas licencias siempre que no sea respondona.

¿Qué pregunta no le gustaría que le hicieran? ¿Cuál no le han hecho nunca?

Éstas, por ejemplo. Pero me incitan a rescatar un simpático recuerdo de mi lejana juventud que viene a cuento. Después de oírle una conferencia espléndida en la

Universidad de La Habana, me acerqué al gran ensayista cubano Jorge Mañach diciéndole “Doctor, perdone que le haga una pregunta indiscreta”, a lo que me respondió “Mire, joven, las preguntas nunca son indiscretas; el indiscreto podría ser yo al responderle”.



Javier Bello, poeta y profesor de la Universidad Diego Portales (Chile). Ha publicado diversos artículos y su poesía aparece antologada en numerosas obras, tanto nacionales como internacionales. Es coeditor del *Retablo de Literatura Chilena en Internet* y de la revista electrónica *Cyber Humanitatis*. Algunos de sus libros son: *La noche venenosa* (poesía) (1987). *La huella del olvido* (sonetos) (1989), *El fulgor del vacío* (poesía) (2002) y *Desencanto personal. Reescritura de Canto General de Pablo Neruda* (2004).



Ángeles Mateo del Pino, profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Ha publicado numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Algunos de sus libros son: *Josefina Plá. Calendario de desengaños* (Cuentos) (2002). *Josefina Plá. El verde dios desnudo* (poesía) (2003), y *Nuevos tiempos. Nuevas lecturas. Una mirada crítica (Multiculturalidad y multidisciplinariedad)* (coed., en prensa). Actualmente prepara la edición crítica de *Hombres sin mujer* de Carlos Montenegro.